

Oppenheim



Un
BRIBON

afortunado

ARV...
D...
E...

Un bribón afortunado contiene seis relatos cuyo protagonista es Mendel Honeywood, un diminuto agente de seguros que abandona a su familia y su ciudad natal de Okehampstead, Massachusetts, y llega a Inglaterra, sin un centavo, para entrar en una vida de «picaresca». Se encuentra con James Van Clarence Smith, vástago desheredado de los millonarios ingleses hermanos Underwood (protagonistas de *Millonarios a la fuerza*, novela publicada en esta misma colección), y lady Felicia Lakenham, de clase alta, con muy pocos ingresos. Estos tres se involucran en aventuras algo turbias en el mundo del arte, la política y las finanzas internacionales, mientras buscan hacer fortuna.

Todo es muy divertido y Oppenheim mantiene, como siempre, la acción trepidante de las situaciones.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Un bribón afortunado](#)

[Portadilla](#)

[Capítulo I](#)

[La herencia de Ebenezer Chance](#)

[Capítulo II](#)

[El monomaniaco de la pintura](#)

[Capítulo III](#)

[Sir Julián Kand y compañía](#)

[Capítulo IV](#)

[El milagro de lord Grim](#)

[Capítulo V](#)

[El librito gris](#)

[Capítulo VI](#)

[Sir Julián prefiere Nueva York](#)

[Sobre el autor](#)

Capítulo I

LA HERENCIA DE EBENEZER CHANCE

Alrededor de las cinco de la tarde un taxi cargado de abundante equipaje paró enfrente del Hotel Milán y su único ocupante, prescindiendo de la costumbre de pagar la carrera y de dar instrucciones al botones que le había abierto la portezuela avanzó hacia la oficina de recepción. Entregó su tarjeta al empleado con una expresión dulce e ingenua. Junto al hombre que le atendía era de una estatura rayana en lo ridículo. No rebasaba el metro cincuenta y era proporcionalmente delgado. Iba pulcramente afeitado, tenía la cara surcada de profundas arrugas, llevaba lentes de montura de oro y su cabello mostraba abundantes canas. Su atuendo revelaba a la legua que era un yanqui.

—Soy Mendel Honeywood —empezó a decir esperanzado, dirigiéndose al estirado oficinista que le escuchaba—, de Nueva York. El señor Carlos P. Disney, amigo mío, me recomendó con mucho interés este hotel. Estuvo aquí en la primavera última.

El otro continuó callado. Estaba acostumbrado a la estúpida creencia de los nuevos huéspedes de confiar en recomendaciones de clientes extranjeros; pero tenía habitaciones libres y el candidato, aunque vulgar, parecía inofensivo.

—Prácticamente no tenemos ningún departamento vacío —replicó el empleado con corrección—. ¿Qué clase de

habitación desea?

—Simplemente un dormitorio con cuarto de baño —replicó el viajero con brevedad—. Acabo de llegar en el *City of Florence* y hemos tenido una travesía muy mala. A mí me marea horrores el mar.

El oficinista, sin decir una palabra, hojeó el libro que había en la mesa, cogió una tarjeta verde y anotó un número en ella. Un botones, que permanecía atento, se apresuró a recoger las maletas.

—Si quiere acompañarme, señor Honeywood, le mostraré su departamento —manifestó el empleado.

La gratitud del hombrecillo era palpable.

—¿Tendrá la bondad de ordenar al botones que pague al taxista? —suplicó—. Me armo un lío con la moneda inglesa.

Todo se resolvió a la perfección. Al poco rato estaba cómodamente sentado en el mullido sillón de un confortable dormitorio observando al mozo, propenso a hacer preguntas, que iba ordenando las maletas. Finalmente, puso media corona en la mano del mozo a la par que exhalaba un incontenible suspiro. Al quedarse solo se sumió en sus reflexiones, que, por cierto, eran de un carácter sumamente particular, mientras paseaba la mirada en derredor con cara satisfecha. Luego se enfrascó en una ocupación menos agradable. Sacó el billetero, lo hurgó con la punta de los dedos y lo volvió a guardar, suspirando otra vez. Seguidamente procedió a vaciar todos los bolsillos de su traje, amontonando una colección de naderías, sin duda útiles, pero de valor escaso, sin dar con un solo penique. Se repantigó en la butaca, con las manos metidas en los bolsillos, y tras meditar un momento tuvo que llegar a una conclusión.

—Tengo cama y comida para una semana. No está mal. Hotel elegante... y de los caros. Pero ni un maldito ochavo para tomar un trago... ¡Y esto sí que está mal!

Para cualquiera otro, el balance hubiera sido téticamente negativo; pero Honeywood era un optimista incurable. Tras descansar un buen rato decidió aprovechar las comodidades que no requerían el pago a toca teja. Tomó un baño delicioso y, prescindiendo de la peluquería, se afeitó con gran esmero. Por último se vistió de etiqueta, y ostentando inmaculada pechera salió al pasillo y llamó al ascensor. En este momento se sintió más seguro de sí mismo que cuando entró en el hotel. Para no desmerecer de su nacionalidad, dirigióse al bar y eligió una mesa que, prácticamente, correspondía al salón de fumar.

La situación no dejaba de ser aterradora. A pesar de su aspecto inocente era un entusiasta de los combinados y se le iban los ojos tras las bebidas magistralmente preparadas por el mozo del mostrador, que iba disponiendo las copas en bandejas de plata. Podía pedir uno y dar el número de su habitación; pero si esta solución estaba reñida con el reglamento del local, socavaba su posición, cosa evidentemente muy grave dada su precaria economía particular. Permanecer allí, viendo cómo los demás bebían lo que tanto deseaba, era un tormento chino. Pero la casualidad resolvió el dilema. Un muchacho alto y elegante atravesó el salón en dirección al bar. Vestía con extremada pulcritud, si bien su sombrero de copa se ladeaba con exceso; llevaba el abrigo colgado del brazo. Al pasar, miró distraídamente al hombrecillo que estaba sentado, y se paró, iniciando sus labios una leve sonrisa. La réplica de Honeywood fue beatífica y propicia a la conversación.

—Le dejaron sin blanca la otra noche, ¿eh? —preguntó el joven.

Honeywood se aseguró de que nadie escuchaba.

—Sin un centavo —confesó apenado—. Tuve que pedirle dinero al mayordomo para llegar hasta aquí.

El otro sonreía bonachonamente.

—¿Fue su primera travesía?

—En efecto —admitió—. Soy empleado de una compañía de seguros. Vine a pasar las vacaciones.

—¿Qué cantidad le birlaron?

—Setecientos dólares —confesó la víctima, rubricando la cifra con un chasquido de la lengua—. Y ya que ha tenido la amabilidad de hablarme le confesaré que no tengo ni para pedir un cóctel.

El joven se echó a reír, dejó el abrigo en un sillón y se sentó en otro inmediato.

—Tim, dos Martinis secos —ordenó al camarero.

—Es usted muy gentil —declaró Honeywood.

—Su gesto me ha conmovido.

—Para algo somos colegas —repuso el otro en tono protector y despreocupado—. Usted se arruinó al perder unos cientos de dólares. A mí me ocurre otro tanto; pero con millones.

—Discúlpeme —se atrevió a preguntar el señor Honeywood, venciendo su timidez—, ¿es usted por ventura el señor Van Clarence Smith?

—Así me llaman.

—En tal caso está usted bromeando. Su familia es una de las más ricas y consideradas de los Estados.

—Mi familia puede que lo sea —replicó el joven secamente—; pero me ha dado de baja en el seno de la misma. Sin embargo, estoy tranquilo. ¿Qué le indujo, con su poca experiencia del mundo a jugar al *bridge* con aquella pandilla?

Honeywood tosió disimuladamente, y explicó:

—Si hubiesen jugado al póker, jamás me hubiera dejado tentar; pero como sea que cada sábado juego al *bridge* en el Golf Club de Okehampstead; donde se me tiene por jugador nada despreciable, esperaba poder... ¡Ah!

Trajeron los cocktails, y Honeywood permaneció unos instantes embelesado.

—Trae un par más, Tim —ordenó su acompañante, echando un billete en la bandeja.

—No debería beberlos —expresó Honeywood—, sufro mucho de dispepsia; pero sólo tengo valor para renunciar a uno.

—Aunque jugase usted magistralmente no había posibilidad alguna de que les ganase —continuó el joven—. ¿No se dio cuenta de que nunca les fallaban las cartas?

—Yo también soy algo diestro en trucos —replicó afortunadamente Honeywood—; pero no tuve en cuenta que eran tres contra mí.

Van Clarence Smith apuró su copa, y echóse a reír.

—A lo mejor no es usted tan inocentón como aparenta, ¿eh?

—Jamás me rebajo a valerme de trampas sino es en defensa propia —replicó Honeywood con dignidad—. Cuando vi lo que estaba sucediendo me preparé los ases y dos reyes y para mi compañero ocho piques y otra carta. Lo malo fue que todo terminó antes de que me tocara dar.

Van Clarence Smith rió hasta caerle las lágrimas, y degustó el segundo cocktail con bastante más satisfacción que el primero.

—Entonces; ¿quién diablos es usted? —preguntó de súbito—. Sin duda de la misma ralea que ellos.

—Soy agente de seguros —replicó Honeywood, lisa y llanamente.

—¿En viaje de negocios?

—Si se presentara alguna oportunidad, me consideraría feliz sólo con recuperar la cantidad que reservaba para mis vacaciones.

—Eso déjelo de mi cuenta —declaró el joven—. ¿Me permite que le preste de momento cinco libras?

—Sería usted muy gentil —replicó agradecido.

Partió el vástago de aquella familia de millonarios, y Mendel Honeywood, a pesar de su dispepsia, pidió otro combinado. Luego se dirigió al *grill-room*, se acercó a un individuo, indudablemente mogol, que dispensaba su atención a los clientes que se aglomeraban en la sala, y le pidió

un sitio en donde poder cenar. Satisfecho por su moderación, el gigante atravesó el salón, con el cliente pegado a los tacones. Pareció entonces que iba a cumplirse el santo y seña, norma de la casa. No había ni una mesa desocupada. Pero el *maître* no se amilanaba con facilidad. Le habló en voz queda a un joven que estaba cenando solo, recibió su aquiescencia y se volvió a su seguidor.

—El caballero le cede una silla en su mesa, señor.

Se inclinó levemente y desapareció para recibir con amable paciencia las quejas de un duque, a quien le habían privado de la mesa reservada que daba a la ventana. Después de un leve saludo a la manera de Okehampstead, Mendel Honeywood se sentó frente al joven comensal, a quién identificó con el característico tipo inglés inmortalizado en el papel de gracioso de las comedias norteamericanas.

—Gracias por haber permitido que comparta su mesa, caballero —dijo—. El restaurante está lleno.

El joven observó a su compañero a través de su monóculo y continuó comiendo.

—Hasta los topes —señaló con brevedad—. Y no faltan chicas guapas.

Honeywood tosió y encargó una cena discreta. Su compañero pidió la lista de vinos. Mendel Honeywood osó intervenir.

—Caballero, ha sido tan amable al permitir que yo, un extranjero, comparta con usted mi primera cena en tierra inglesa, que no puedo menos que rogarle que brindemos juntos.

El joven cerró la lista que miraba, y pareció considerar favorablemente la proposición.

—¿Un taponazo? —inquirió.

El hombrecillo pareció conturbado; pero, de pronto, comprendió.

—¿Champaña? ¡Claro que sí! Permítame encargarme una botella. Me consta que ustedes, los ingleses, tienen un pa-

ladar delicado y de hecho no soy un buen conocedor de las mejores cosechas.

El joven asintió graciosamente y ordenó un Pommery 1904, y resuelto este detalle decidió conversar en términos más comprensibles con su compañero de mesa.

—¿Americano de dónde? —le preguntó.

—De Okehampstead, Massachusetts —fue la cordial respuesta—. Me llamo P. Mendel Honeywood y trabajo en seguros.

—Yo soy Harold Underwood. Catalogado como futuro abogado. Total, nada.

—Siempre consideré que el estudio de las leyes, sobre todo al principio, es algo agotador —observó Honeywood con simpatía.

—Un asquito... ¿Ve aquellos viejos galanes del rincón? Honeywood miró en aquella dirección.

—¿Dos caballeros maduros, con porte rejuvenecido? Sí.

—Son mis tíos. ¡Cincuenta mil anuales!

—¿Dólares?

—Libras —declaró el joven—. Solteros empedernidos. Y dándose una vida...

Mendel Honeywood tosió como acostumbraba.

—Le felicito —exclamó.

—No tiene por qué —gruñó Harold—. Se ocupan de mis estudios, y alguna que otra vez les saco algo. Pero no quieren salirse de lo que dicen principios y me han prometido asociarme con alguna firma de abogados tan pronto acabe la carrera. Pero, mientras tanto, el pájaro está en la jaula.

Honeywood miraba a través del salón con aire pensativo.

—Parecen caballeros amables y considerados —observó—. ¿Son cerrados de bolsa?

—Van a ver cual de los dos derrocha más —replicó el joven casi con pesadumbre—. Consideran como un deber patear la mitad de sus rentas.

—No deja de ser una idea razonable.

—Pero no consiguen hacerlo —manifestó el joven vaciando la copa y llamando al camarero—; es imposible. Los pobres vejetes se empeñan en agotar fórmulas; ¡pero ni por ésas! Tienen más suerte que el diablo. Cuando alguien cree haberlos engatusado, no sé como se lo arreglan; pero se salen de la trampa antes de que se cierre. Ahora les ha dado por la pintura. Es un camino para dejarlos sin blanca.

—¿Son quizá banqueros?

—Plantadores de té y caucho..., millones de acres.

Honeywood suspiró. A través de los lentes enmarcados en oro, sus ojos parecían adorar a las dos figuras.

—Estimaría profundamente el honor de estrechar la mano de sus tíos, señor Underwood —dijo con humildad.

—¿Qué dice usted? —saltó el joven.

—Que estimaría el privilegio de estrechar la mano de esos reyes del comercio —declaró Honeywood.

Harold examinó un segundo la insignificante figura que tenía delante, y sonrió.

—¿Agente de seguros, eh?

—No osaría hablar de tal asunto con sus tíos —exclamó Honeywood medio ofendido—. Además, estoy de vacaciones.

—Conocerá a los viejos, ya que lo desea —le prometió Harold—. Termine de beber e iremos a tomar el café con ellos.

Sin meditarlo siquiera, Honeywood bebió el vino burbujeante, firmó la cuenta, dejó la propina para el camarero y siguió a su joven acompañante a través del salón. La presentación de Harold fue característica.

—Aquí está vuestro sobrino Jonatán con unas ganas locas de que crucen sus manos —anunció— con el señor Mendel Honeywood de Okehampstead, Massachusetts... Es su primera visita a Inglaterra, lo aseguro. El señor Esteban Underwood..., el señor Jorge Enrique Underwood. ¡Ya está todo dicho!

Honeywood se mostró profundamente deferente.

Los tíos del joven le saludaron con su usual calma y reposada cortesía.

—Tomará el café con nosotros —sugirió Esteban.

—Dos sillas —ordenó su hermano al camarero.

—Yo no tengo nada que hacer aquí —declaró Harold—. Voy a una conferencia de viejas en Lincoln's Inn. Adiós a todos.

—Simpatíco muchacho —murmuró Honeywood al marcharse Harold.

—¿Hace tiempo que conoce a nuestro sobrino? —inquirió Esteban mientras observaba cómo su huésped se llenaba la copa del exquisito coñac.

—Desde esta noche —manifestó con aplomo el hombrecillo—. En realidad no conozco a nadie en Londres. Llegué esta tarde.

—En viaje de recreo, ¿no? —inquirió cortésmente Jorge Enrique.

—No del todo —replicó Honeywood con cierta circunspección—. Este viaje fue consecuencia del empeño de mi esposa y de varios amigos íntimos que me instaron a hacerlo con una finalidad determinada. Pero una vez llegado a Londres, me hallo ante una dificultad. ¿Sería abusar de su gentileza si osara pedirles consejo?

Manifestaba tanto nerviosismo y a la vez hablaba en un tono tan suplicante que ambos hermanos expresaron en sus rostros las ganas de que lo hiciera. Honeywood bebió un sorbo de coñac y se sentó con más naturalidad en su silla.

—Al hablarme de ustedes, su sobrino me indicó la pasión que sienten ustedes por la pintura.

—En efecto, así es —admitió Esteban.

—Es una obsesión para nosotros —murmuró su hermano.

—Pues yo soy un ignorante en cosas de arte —confesó Honeywood—. ¿Han oído hablar, caballeros, del señor Ebe-

nezer Chance, el potentado americano, dueño de los ferrocarriles?

—Ese nombre nos es familiar —admitió Esteban.

—El señor Chance era cliente de una Compañía aseguradora —prosiguió su huésped— de la que soy humilde empleado. Me correspondió atender sus asuntos y con frecuencia tenía que entrevistarme con él. Siempre fue muy considerado para conmigo. Hace unos años adquirió una mansión palaciega a orillas del lago de Okehampstead, muy próxima a mi modesto albergue. Su condescendencia y amabilidad hacían que le visitara con frecuencia, y permitía que paseara por sus inmensos jardines o por su sala de pinturas. Desgraciadamente le afectó la crisis de los ferrocarriles del año pasado, y antes de poder realizar sus valores se arruinó. Dio la casualidad de que la tarde en que recibí tan graves noticias me hallaba yo admirando su galería de pinturas, vino en mi busca y me abrazó. «Mendel, me dijo (era muy condescendiente y solía llamarme por mi nombre de pila...), soy un hombre arruinado.» Soy un sensible, caballeros, y sentí que se me humedecían los ojos. Me dio una palmadita en la espalda y acercándose a un cuadro por el que yo sentía suma admiración, con un cortaplumas cortó los bordes de la tela, la enrolló y me la dio. «Prefiero que sea usted, Mendel, que alguno de mis acreedores —dijo—. Llévesela en seguida y procure venderla en Europa.» A la mañana siguiente, caballeros, Ebenezer Chance fue hallado muerto en su cama.

—¿Y la pintura? —exclamaron al unísono ambos hermanos.

—Como es natural conté lo ocurrido a mi esposa y en plan de confidencia a algunos amigos íntimos. Su consejo fue unánime. Me recomendaron que viniese a venderla a Londres. Éste es el verdadero motivo de mi venida a Inglaterra, y cuando su sobrino me indicó la afición de ustedes, se me ocurrió que quizás podrían indicarme algunas casas solventes que se dedicaran al comercio de obras de arte.

—Con mucho gusto —declaró Esteban—. Pero ¿dónde tiene el cuadro? ¿Nos permitirá verlo?

—Como es natural no deseamos aprovecharnos de su ignorancia respecto al valor que pueda tener la pintura — señaló apresuradamente Jorge Enrique—. No lo venda hasta que se lo hayan tasado.

—En efecto —corroboró Esteban—. Nosotros estamos reuniendo una pequeña colección, a la que, conocida su curiosa historia, sería interesante adicionar esa pintura.

Jamás pasó Honeywood por modelo de aplomo; pero en este instante estaba aún más confuso que de costumbre. Se arreboló hasta la raíz de los cabellos, y disimuló fijando los ojos en el mantel.

—Caballeros —musitó—, ustedes verán el cuadro, no faltaría más. Serán los primeros en verlo. Sólo lamento que tengan que aguardar unos días.

Los dos parecían sorprendidos, y Honeywood aclaró sus dudas. Levantó la cabeza, y se sinceró.

—Les contaré toda la verdad, caballeros. Después de todo no tengo nada de que avergonzarme a excepción de una tontería que cometí llevado por mi falta de mundo. Tengo la inveterada costumbre de emplear las tardes de los domingos, y más sí son lluviosas, jugando al *bridge* con tres amigos de Okehampstead, y estoy considerado como un buen jugador. Durante la travesía me aburrí soberanamente hasta que una tarde tres caballeros me invitaron a una partida. Contento de haber encontrado una manera de ahuyentar el tedio, me aventuré a preguntarles qué valor daban a cada punto. Dijeron que a dólar. Supuse que se referían a dólar los cien puntos, y aunque en mi pueblo nunca pasamos de los veinticinco centavos, la idea de escapar del aburrimiento y la esperanza de un cambio en mi vida rutinaria me hicieron aceptar; y me senté con ellos. Perdí en la primera partida quinientos puntos, y con horror me percaté, al sacar veinticinco dólares, de que en realidad debía

quinientos, suma que era exactamente el total de mi carta de crédito durante mi estancia aquí.

—Sin duda aceptaron sus razones —preguntó Esteban.

—Me temo que pecaron de poco condescendientes —convino, tristemente, Honeywood—. Llamaron al jefe de la sala y tuve que pagar. Mi equipaje, incluyendo el cuadro, hube de dejarlo, como garantía de un préstamo, en Liverpool.

—¡Una conducta inicua! —exclamó Jorge Enrique—. Debiera ponerlo en conocimiento de la compañía naviera.

—¡Qué ultraje! —secundó Esteban.

—En efecto, fue una lección muy severa —suspiró el hombrecillo—. Claro que me habían advertido que no jugará en el barco; pero consideré que una partida con unos caballeros no era nada peligroso. Telegrafíé a mi casa pidiendo fondos y mi mujer me los mandará; pero tardarán unos días en llegar, y, mientras tanto, la pintura servirá de caución. Tan pronto como la recupere la mostraré a ustedes.

Esteban dirigió una mirada a su hermano solicitando su consentimiento.

—¿Podríamos saber por qué suma responde su equipaje...? —preguntó.

—Por diez libras —confesó Mendel Honeywood.

Esteban sacó su billetero.

—Permita que nos convirtamos en sus banqueros por unos días —suplicó—. Esta noche podrá girarles el dinero y venir a vernos con la pintura el próximo jueves.

Honeywood parpadeó, se quitó los lentes y limpió los cristales. Luego estrechó con solemnidad las manos de sus interlocutores y guardó las diez libras en su bolsillo. Parecía incapaz de articular una palabra.

—Nos encontrará en la habitación número 65 —dijo Esteban—. Y por favor, no dé más importancia de la que en realidad tiene este pequeño préstamo.

Honeywood se puso de pie. Volvía a parecer un chiquillo disfrazado con las gafas paternas.